

imperial debería á lo menos saber los cánones de Nicea: que si los ignoraba, le haria ver, que segun aquellos decretos, ningun Obispo debe mezclarse en los negocios que no son de su incumbencia; y que si el Obispo de Alejandria debia ser juzgado, lo habia de ser por los Egipcios y no á setenta y cinco jornadas de distancia. Viendo una carta tan fuerte, no quiso Crisóstomo intervenir en estas diferencias, sino para tranquilizar en cuanto pudiese los ánimos.

60. Teófilo previno no obstante con sus cartas á San Epifanio, cuyo ardor extraordinario contra el origenismo habia ridiculizado en otro tiempo, tratándole altamente de antropomorfito; mas en estas nuevas circunstancias preveía cuán útil le seria un hombre del carácter de Epifanio. A una reputacion bien establecida de santidad y talento, añadía á pesar de su avanzada edad el Obispo de Salamina un ingenio muy vivo y un ascendiente grande sobre una multitud de Doctores mas jóvenes y no menos célebres que él. Remitió la carta de Teófilo al Sacerdote Gerónimo contra suya, en la que se gloriaba de que Amalec estaba destruido hasta su raiz: tales son los términos de que se vale para esplicar la condenacion de Origenes por el Obispo de Alejandria. Aun hizo mas: partió á Constantinopla poniendo en olvido su ancianidad.

Crisóstomo aparentó no saber la causa de este viaje; envió por honor á su clero á recibirle, y le convidó á que se alojase en el palacio episcopal; pero Epifanio preocupado contra el Patriarca, respondió

con aspereza á su urbanidad, y se negó á hablarle si no condenaba á Origenes y arrojaba á los grandes hermanos. Contestó Crisóstomo con dulzura, haciéndole observar que en nada se debia precipitar. Entonces procuraron que tomase Epifanio una resolucion tan estraña, que su egecucion hubiera hecho de este Prelado venerable la fábula y risa de todo el Imperio; pues le persuadian á que se presentase en medio de la Iglesia delante de todo el pueblo, condenase á voz en grito los libros de Origenes, á los monges que habian ido de Egipto como Origenistas, y al Patriarca de Constantinopla como á su fautor. Ya principiaba el santo viejo á caer en el lazo, cuando algunas personas mas sensatas ó mas politicas le hicieron temer las consecuencias. El pueblo, le dijeron, adora al Obispo Juan; podrá levantarse una sedicion, y en ese caso el primero que padecerá sereis vos como autor del tumulto: visto lo cual se detuvo.

Hacian sin embargo justicia á la rectitud de sus intenciones, y todos reverenciaban sus virtudes. Habiendo caido enfermo el joven Príncipe, hijo de Arcadio y de Eudosa, pidió la madre á Epifanio el auxilio de sus oraciones. Ofreció la salud del niño si la Emperatriz huía de los grandes hermanos como de todos los demás hereges; de lo que quedó como escandalizada Eudosa, porque los protegía, y respondió de este modo: „si Dios quiere llevarse á mi hijo, él es el único árbitro de su vida: por lo que á vos mira me guardaré muy bien de creer en adelante que seais un varon de milagros.” Aconsejó no obstante á

los solitarios de Nitria que fuesen á esplicarse con este hombre extraordinario, y obedecieron. „¿Quién sois vosotros, les dijo con aspereza, para tener la osadía de presentaros aquí? Padre mio, contestó respetuosamente Ammonio que era el que hablaba por todos, somos aquellos grandes hermanos que os han pintado con tan negros colores; mas yo ansiaría saber si oisteis alguna vez á nuestros discípulos, ó visteis nuestros escritos. Respondió con franqueza que no. ¿Cómo pues nos teneis por hereges, continuó Ammonio, sin prueba alguna de nuestro modo de pensar? Todos me aseguraron que lo erais, respondió el Obispo. De muy distinto modo procedimos nosotros con vos, replicó el solitario, pues leimos muchas veces vuestro Anacoreto: y habiéndole criticado muchas personas y habiendos acusado de heregía, hemos tomado vuestra defensa. No debiais pues condenar por solos rumores vagos é inciertos á los que no hablan sino bien de vos.”

61. San Epifanio, que no tenia menos rectitud en el alma que viveza en el temperamento, se moderó mucho con esta conversacion. Poco despues partió para su isla; bien sea que se arrepintiese de haber procedido con demasiada precipitacion en este asunto, ó bien que hubiese tenido revelacion de su próxima muerte, como se ha creido, á vista de lo que dijo al momento de embarcarse, acompañándole muchos Obispos hasta el mar: „os dejo la ciudad, el palacio, y todo este gran teatro: por lo que á mí toca, me retiro, porque se me iusta mucho.” Murió en efecto en el mar antes de llegar á Chipre, despues de ha-

ber gobernado treinta y seis años la Iglesia de Salamina ó Constanza, capital de esta isla. Era de una erudicion grande, pero su crítica no es muy exacta: su rectitud natural le hizo crédulo, y el ardor de su celo le espuso á las preocupaciones. Sin embargo, es preciso reconocer que Teófilo que sedujo su confianza, tenia una grande habilidad con otras mil cualidades en extremo seductoras.

62. Viéndose protegidos por la Emperatriz los solitarios de Nitria, presentaron un memorial para que se examinasen las acusaciones intentadas contra ellos, y se obligase á comparecer á Teófilo para ser juzgado por San Crisóstomo. Su súplica fue otorgada: los Prefectos examinaron la acusacion formada por los falsos hermanos, á quienes habia sobornado Teófilo; y él mismo se vió obligado á venir á Constantinopla, de donde el Emperador envió uno de sus oficiales para conducirle. Nada pudieron probar los acusadores á quienes se examinó en primer lugar, y acusaron de toda la trama al Obispo de Alejandría, declarando que los habia engañado y dictado su representacion. A vista de esto se les aprisionó hasta su llegada, como que era el caso grave y digno de muerte segun la ley de los Romanos contra los calumniadores. Murieron algunos en la prision antes que llegase Teófilo, y otros solamente padecieron el destierro á causa del dinero que dió aquel.

Mandaba la orden que el Patriarca de Alejandría viniese solo, y llegó como en triunfo con una compañía de treinta y seis Obispos: San Juan Crisóstomo,

que no había dispuesto habitación para estos Prelados, los convidó del modo mas cordial con su palacio, pero rehusaron con aspereza su oferta. No quiso Teófilo ni verle, ni hablarle, ni darle señal alguna de comunión. Tenia ya su plan determinado, porque le era muy conocida la debilidad del gobierno; y así lejos de defenderse de las prevaricaciones de que se le acusaba, se propuso acometer á Crisóstomo en su propia Silla, creido de que si podía espulsarle de la capital no tendria ya que vencer obstáculo alguno para oprimir á los solitarios. Durante tres semanas que estuvo en Constantinopla no se acercó á la Iglesia, por mas que San Crisóstomo le amonestó sin cesar á que espusiese á lo menos la causa de una guerra tan inesperada y que escandalizaba tanto al público; mas Teófilo nunca se dignó responderle. No dejó de darle ejemplo de moderacion y dulzura el santo Obispo. Mientras esto sucedia, el Emperador solicitado por los monges, le instó á que les hiciese justicia, y le mandó formalmente que fuese á la habitación de Teófilo, é informase jurídicamente contra él, porque se le acusaba de violencias, muertes y otros muchos delitos; pero el Santo rehusó constantemente tomar conocimiento en ello, tanto por consideracion á un acusado de esta clase, como por respeto á los cánones que prohibian juzgar las causas eclesiásticas fuera de su provincia.

63. Trabajaba Teófilo por el contrario de dia y de noche contra Crisóstomo de acuerdo con todas las personas que encontró indisuestas contra el santo Patriarca. Entonces principalmente manifestó el Obispo

de Gábalas el poco aprecio que se debe hacer de la reconciliacion de un enemigo envidioso. Acacio de Berea, descontento del Patriarca solo por parecerle que no le habia recibido con el honor correspondiente, y por otra parte Antioco de Tolemaida, y un Abad de Siria llamado Isaac, hombres vagamundos y de un genio turbulento, acostumbrados á correr de diócesis en diócesis, para atormentar y calumniar sucesivamente á los Obispos, entraron en la faccion de Severo, y se hicieron bajo su direccion los agentes principales, enviando desde luego á Antioquia quien se informase de la juventud de Crisóstomo. Pero no habiendo sabido hecho alguno que no le favoreciese, volvieron sus miras á la ciudad imperial que suministró causa á bastantes ataques contra su celoso Prelado.

Tenia en primer lugar por enemigos en su clero á todos los que no podian sufrir las leyes que queria restablecer allí, y en particular dos Sacerdotes, cinco Diáconos y tres viudas del primer orden. Dos de estas habian tenido esposos Cónsules, y siendo viejas no perdonaban al santo Patriarca los consejos que les habia dado y reprensiones molestas, pero merecidas por la mezcla ridicula del adorno de la edad primera con las rugas y canas. Además de esta parte ya gangrenada del clero, algunas de aquellas personas de corte que están siempre prontas á las intrigas y revoluciones, ayudaron á Teófilo. Tambien se dice que la Emperatriz estaba ya irritada contra Crisóstomo por un discurso, en que arrebatado del fuego de

su elocuencia habia hablado de las mugeres en general con una vehemencia y bajo unas imágenes que el pueblo aplicaba á la Princesa. Los Obispos del Asia que habian sido depuestos tampoco dejaron de manifestar su resentimiento.

De todo supo aprovecharse Teófilo, que como hombre opulento y naturalmente magnífico prodigaba el oro, mantenía una gran mesa, se hacia afable y dulce á pesar del orgullo natural que él sabia sacrificar al interés; escuchaba á todos, se compadecia de los descontentos, y lisongeaba á los clérigos ambiciosos, ofreciéndoles mejor fortuna. Entre todos los eclesiásticos los mas enconados contra su Obispo eran dos Diáconos dignos de muerte, segun las leyes civiles, y á quienes habia espelido de la Iglesia. Era el uno reo de un homicidio, y el otro de crimen de adulterio. Tales fueron los primeros agentes que puso en movimiento Teófilo; y aun tuvo que prometerles su restablecimiento en el clero, lo que ejecutó conforme al método que él sabia tan bien. Obligóles pues á presentarle sus quejas, que dictó él mismo y sembró de falsedades.

Era necesario á falta de equidad tener la fuerza á su favor: nuevo prodigio que obraron la perfidia y la intriga. Arcadio que acababa de mostrar vigor contra las primeras tentativas de la faccion, recibió en el momento decisivo todas las impresiones que esta le quiso dar. Quitaron todos los obstáculos las riquezas de Teófilo, juntas á los resentimientos de la Emperatriz. Con tanto fruto se sembró el dinero en la corte,

que en el momento en que Teófilo parecia no poder evitar una condenacion canónica, se vió tomar la extraña resolucion de que se juzgase al mismo Crisóstomo en un Concilio.

64. Eligióse para lugar del conciliábulo la aldea ó arrabal de la Encina, cerca de Calcedonia, tanto porque Ciristo, Obispo de este pequeño lugar, era enemigo declarado de San Juan Crisóstomo, como porque se temia el amor que el pueblo de Constantinopla profesaba á su Obispo. Era cómoda esta aldea por otra parte para el efecto que se meditaba, despues que Rufino habia hecho edificar un palacio con una Iglesia y un monasterio. Citaron al Santo y no quiso comparecer: cuarenta Obispos que se hallaban con él no podian salir de la admiracion que les causaban la astucia, la audacia é iniquidad de Teófilo. Diputaron á tres de ellos con dos Sacerdotes, y les encargaron que respondiesen al Obispo de Alejandría, que aun conservaban la carta en que declaraba que ningun Obispo debe erigirse en juez de otro fuera de sus límites. Que si no hubieran tenido mas respeto que él á los cánones de Nicéa, le hubieran juzgado primeramente. Que su Concilio era mas numeroso y de mas peso que el suyo, pues no tenia sino treinta y seis Obispos de una sola provincia, siendo ellos cuarenta de diferentes, entre los cuales habia siete Metropolitanos. Y finalmente, que tenian contra él memorias y pruebas de setenta artículos de delitos manifiestos (1).

(1) *Pallad. Dial. pág. 72.*

Contestó San Crisóstomo por su parte, que no obstante la irregularidad del procedimiento, y aunque debia sin duda alguna ser juzgado en Constantinopla caso que fuese culpable, no disputaria con todo sobre el lugar del juicio, con tal que se recusasen algunos de los jueces que nombró, y que eran recusables por todas las razones de derecho. Dió la misma respuesta á un Notario del Emperador, que de órden de este Príncipe pretendia obligarle á presentarse. El Santo veneraba las potestades establecidas por Dios, pero creyó que en este negocio puramente eclesiástico, su sumision seria menos edificante para los fieles que perjudicial á la Iglesia. Llevaron las cartas unos Obispos adictos al santo Patriarca; mas los partidarios de Teófilo los prendieron con ignominia, egercieron con ellos las mayores violencias, hirieron al uno cruelmente, rasgaron los vestidos de otro, ataron al tercero con las cadenas que habian preparado para el mismo Crisóstomo, y como si hubiera sido él pusieron al amigo fiel en un barco y le transportaron á un lugar desconocido.

Procedióse por lo demás como en los casos de contumacia, alegando por prueba todos los puntos de acusacion á que el acusado no habia ido á responder. Eran estos hasta veintinueve; porque la opresion y la calumnia procuran de ordinario encontrar en la multitud de las acusaciones la gravedad y solidéz de que carecen. Dirigiáse la acusacion mas fuerte á que egercia poco la hospitalidad, virtud muy recomendable entonces entre los Obispos; mas ya principiaba á in-

vertirse el patrimonio de los pobres en utilidad ó diversion de los ricos, mayormente en una capital donde habia una concurrencia prodigiosa. Calificábanse del modo mas injurioso la santa economía, el espíritu de retiro, de recogimiento y penitencia que movia al santo Obispo á comer solo por costumbre, llamándole salvage, ciclope, y dándole el nombre de aquellos mónstruos fabulosos que el odio de la sociedad y de la humanidad tenia encerrados en sus cavernas. Aseguraban sus enemigos que obraba de esta suerte para regalarse y comer bien con mas libertad. Mas era bien conocida la austeridad de su vida, y todos sabian las precauciones y régimen á que le obligaba su débil salud, sin atreverse á beber vino, á causa del calor de la cabeza que le atormentaba. Su estómago, además de esto, se hallaba en un estado en que todo lo que se le presentaba le causaba tedio. Eran solo sospechas imaginarias las otras acusaciones y calumnias vagas desnudas de circunstancias y de verosimilitud, y aun alegadas de un modo que mostraba bastante claro que nadie las creía. Le acusaban entre otras cosas de que á nadie daba cuenta del uso que hacia de las rentas eclesiásticas, y de haber vendido las cosas consagradas á Dios, como el mármol preparado por su antecesor para el adorno de una Iglesia: conducta que justificaba bien su caridad inmensa. El crimen que se le imputó vagamente de haber calumniado á los clérigos y compuesto un libro contra ellos, demostraba su celo contra el abuso de las mugeres subintrusas, y en sustancia hacia el elo-

gión de su vigilancia por la pureza clerical. También se le acusaba de haber procurado el destierro de Porfirio, Sacerdote de una conducta mas que equívoca: de haber descubierto al Conde Juan culpado de sedición; y de vestirse y desnudarse en medio de la Iglesia en el trono pontifical. Referimos este artículo únicamente para mostrar, que ya desde entonces se cambiaba de ornamento para el ministerio del altar y que en rigor reprendian los defectos contrarios, á lo que se llama mansedumbre eclesiástica. Llegó por fin la desvergüenza á acusarle no solo de haber admitido personas de otro sexo en su cuarto, despues de haber despedido á todos los demás, sino tambien de mantener un comercio habitual con una muger casada. Calumnia atróz fue esta: y da á entender que se desvaneció por sí misma por el conocimiento del estado á que le habian reducido las austeridades de su juventud, y la incomodidad que le habia sobrevenido desde entonces por haberse espuesto con un fervor indiscreto á los rigurosos frios del invierno.

65. Mas como no compareciese, aunque fue citado por cuatro veces, no se trató de probar la causa, y se le condenó simplemente por contumacia. En estos términos estaba concebida la carta escrita al Emperador: „que Juan acusado de muchos delitos no habia querido presentarse, porque se conocia culpable, y habia sido depuesto segun las leyes; mas porque los libelos contenian tambien una acusacion de lesa magestad, dejamos á vuestra piedad el cui-

dato de castigarle por este delito particular, porque no nos pertenece á nosotros conocer en él.”

Es digno de observarse en medio del proceder inicuo de los enemigos del Santo, la moderacion de los Obispos respecto al juicio de los delitos capitales. Daban á entender en este crimen supuesto de lesa magestad, que se habia producido contra la Emperatriz; porque aplicaban á esta Princesa varias espresiones que habian parecido singulares en los sermones que pronunció San Crisóstomo durante el mismo Concilio de la Encina. „¿Sabeis, hermanos míos, dijo, (entusiasmado quizás demasiado con el fuego de su elocuencia) sabeis por qué se me combate? Porque no estoy vestido de seda, y domina hoy la estirpe del áspid;” palabras figuradas que se atribuían á la nacion de los francos de quienes descendia la Emperatriz. Citábanse otras muchas espresiones mas fuertes aun, ó mas claras y verdaderamente inescusables; pero prescindiendo de la reputacion de sabiduría y moderacion tan bien asegurada de San Juan Crisóstomo, se hallan otras mil razones para dudar de que hayan sido fielmente presentadas.

Menos causa era suficiente para que los envidiosos y sanguinarios aduladores sacasen partido: y así corrió la voz de que el Patriarca debia ser degollado. „Estoy pronto, dijo á los Obispos de su partido, á ser sacrificado: conozco la conjuracion de Satanás, que no puede tolerar mas la guerra que le hacen los discursos del que llamais Crisóstomo. Acorraos de él en vuestras oraciones, y á nadie obligue

el temor á abandonar los intereses de la Iglesia." Todos vertian abundantes lágrimas al oír estas palabras, arrojándose los unos á su cuello y abrazándole tiernamente, y saliéndose otros de la junta porque no podian sufrir el exceso de su dolor. Suplicóles que entrasen, y les dijo: „sentaos, hermanos míos, sin llorar por lo que me trae un bien muy sólido: Jesucristo es mi vida, y la muerte me es ganancia. ¿Somos por ventura mejor que los Profetas y Apóstoles, para estar menos espuestos á los tiros de la envidia, y para poder permanecer mas tiempo en este mundo? ¿No tenemos causa para llorar, dijo uno de los asistentes, cuando vamos á quedar huérfanos, la Iglesia viuda, sus leyes despreciadas, los pobres abandonados, y el pueblo fiel privado de alimentos y luces? San Crisóstomo dando con la mano izquierda en la derecha por un movimiento que le era ordinario en las grandes conmociones, respondió con estas palabras, basta, hermano mio, no digas mas: la luz del Evangelio no principió por mí, y no se apagará conmigo (1).”

Condenáronle sin embargo solamente á destierro, lo que otorgó el débil Emperador al Concilio, ó mas bien á Teófilo, contento con espulsar al ilustre rival que le hacia sombra en la Iglesia y en la ciudad de Constantinopla. Procedióse al momento á la egecucion, á pesar de la apelacion del Santo á un juicio mas regular. Condújole un conde con soldados fuera de la Iglesia en medio de un pueblo inmen-

(1) *Pallad. Dial. pág. 67. et 68.*

so que le acompañaba vertiendo lágrimas, dando los monges y las vírgenes gritos lamentables, y resonando por todas partes estas voces lastimeras: ¡Ay! mejor sería quitarle al sol el resplandor de su luz, que condenar al silencio la boca de Juan. Hízose á la vela en un bajel que pasó de noche á Asia; pero este destierro no duró sino un dia.

66. Hubo un horroroso temblor de tierra la noche siguiente; y el palacio iba á sepultarse bajo sus ruinas, y especialmente la habitacion del Emperador (1). La primera que descó que volviese el santo Patriarca fue la Emperatriz; y le escribió sin dilacion en los términos mas afectuosos y satisfactorios, atribuyendo lo que habia acaecido á unos hombres pérfidos y corrompidos. Enviaron un correo tras de otro correo, pidiéndole que volviese al punto á restablecer en la ciudad desolada la alegría y la vida. Todos los ánimos abrazaron las mismas disposiciones: sus mayores enemigos publicaron en voz alta que le habian calumniado indignamente. Estando perorando en estas circunstancias Severo de Gabalas, y habiendo tenido la imprudencia de proferir espresiones contra él, no hizo mas que conmover al pueblo que corrió en gran número hácia el palacio, pidiendo á grandes gritos que le volviesen cuanto antes el Obispo Juan. Partió con la mayor brevedad al eunuco Brisson á Preneste donde estaba el Santo, y todos los ciudadanos corrieron á recibirle; de modo que la mar se vió en un momento cubierta de naves y barcos

(1) *Theodor. lib. 5. hist. cap. 34.*